

LA RUTA DE SU EVASIÓN

COLECCIÓN VINDICTAS

NOVELA Y MEMORIA

YOLANDA OREAMUNO

LA RUTA DE SU EVASIÓN

INTRODUCCIÓN
NATALIA GARCÍA FREIRE



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2020

La ruta de su evasión

Primera edición: 1949, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA)

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Oreamuno, Yolanda, autor. | García Freire, Natalia, prologuista.

Título: La ruta de su evasión / Yolanda Oreamuno ; introducción, Natalia García Freire.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2020. | Serie: Vindictas.

Identificadores: LIBRUNAM 2078441 | ISBN 978-607-30-3130-1.

Clasificación: LCC PQ7489.O7.R87 2020 | DDC 863.64—dc23

Primera edición colección Vindictas: 27 de marzo de 2020

D.R. © 2020 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,

04510, Ciudad de México

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

ISBN: 978-607-30-2096-1 (colección)

ISBN: 978-607-30-3130-1

Esta edición y sus características son

propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

ESCRIBIR: DOS REVÉS, TRES DERECHO



De repente abres el libro, activas el conjuro, las manos de Yolanda Oreamuno infatigables como las de las Moiras, como las manos de Penélope están tejiendo en un tiempo mítico: el tiempo fuera del tiempo. Desenredan el hilo, “deslizan su hebra dulcemente” a través de los personajes de esta historia, una y otra vez. “Haré un punto... No, una carrera más. Dos revés, tres derecho, dos revés. Se enreda el hilo y se termina la madeja. El tejido lo inventaron las Parcas. O las arañas. En una gloriosa mañana de Olimpo, cuando el mundo se deslizaba como mi hebra dulcemente, tejer habría de ser una actividad divina”, dice Aurora, una de las protagonistas de esta novela, mientras teje junto a Teresa, que agoniza en su cama.

La ruta de su evasión está escrita con esa voluntad divina, Yolanda Oreamuno no describe, no cuenta, pone a sus personajes frente al lector, su genio está en saber ocultarse profundamente detrás de todos ellos, en ser la Parca que teje, en hacer punto, tras punto, sin carrera, dos revés, tres derecho, un bordado que contiene al hombre, a la mujer y su conciencia.

Al escribir Yolanda oculta ese yo con el que firmaba, las iniciales de su nombre, ese yo permanece arriba en la gloriosa mañana del Olimpo, fuera del tiempo, su misión es la de hilvanar los destinos de los personajes, hilar y tensar la trama de la historia, y dejar al lector entrar en la casa de los Mendoza, “casarón hueco”, donde se cumple lo que Fabián Casas sentencia en su poema *Hace algún tiempo*:

Parece una ley: todo lo que se pudre,
forma una familia.



Así es, la familia Mendoza se desintegra, se pudre. Ante los ojos del lector transita cada uno de sus miembros, como en una obra de teatro: Teresa agoniza, Gabriel desciende a los infiernos en busca del padre, Vasco camina como un autómatas, como el reloj que no sabe que su tic tac martilla la cabeza de los hombres y mujeres, Aurora con su vocación de sumisa, Elena creada a imagen y semejanza de su padre, Álvaro perdido en un cuerpo extasiado hasta la agonía.

Pero aquello que se pudre no puede escribirse de la misma forma que aquello que nace, las palabras del *Génesis* no serán las mismas que las de los *Salmos*, ni del *Apocalipsis*, ni tendrán su forma, ni su ritmo. “La poesía hebrea —dice Mariane Morre— es prosa con una suerte de intensa lucidez. El éxtasis concede la oportunidad y la conveniencia determina la forma.” Yolanda Oreamuno lo sabe, sabe que debe descubrir esa prosa, entiende que la forma es determinante. Cree que debe escribir algo radicalmente distinto. Se lo dice a su amigo Joaquín García Monge en una carta: “Yo estoy madura ya para producir la mejor obra de mi generación en Latinoamérica. No estoy embromando. Creo en eso como los antiguos creían en un destino: creo en mi misión de belleza”.

Su misión es arriesgada, sí, pero ella no duda. Como lo hizo Clarice Lispector o Virginia Woolf, Yolanda intuye un mundo más allá del tiempo lógico, del pensamiento rumiado, razonado por tantos años. Como profetas, las tres escritoras hablan desde una ingenuidad profunda, están conscientes de que emprenden una búsqueda, no de su conocimiento, ni de su sabiduría, ni de lo que es o no es su escritura. Su aproximación a la literatura es la del artista, o la del místico, con una curiosidad intensa, con fervor, confiado en que un día encontrará lo que busca casi como una revelación y en que cada encuentro con la palabra, la pintura o un dios es siempre el primero.

A los cuarenta decía Virginia Woolf “creo haber encontrado la manera de comenzar a decir algo con mi propia voz”. En una carta a una amiga Yolanda le dice que la forma de esta novela había cambiado a tal punto que ella misma no se reconocía: “Es, ¿cómo lo dijera? Es la traslación del pensamiento

a los personajes y el análisis de sus hechos, realizado sin pulir las palabras, con toda la brutalidad y todo el desorden que estas se producen dentro del cerebro”. Clarice Lispector mencionaba que al escribir se daba las más inesperadas sorpresas, “es en la hora de escribir que muchas veces me vuelvo consciente que no sabía que sabía”. Y las tres salen de sus encuentros descubriendo el misterio sagrado de la palabra, su propia voz y una especie de intimidad universal.



“No es posible la belleza sin mito”, dice Gabriel uno de los personajes de esta novela. Yolanda decía que en Costa Rica ella era cada vez más leyenda y menos persona, y solo en Guatemala comenzó a vivir como mujer. Tan fuerte era este hecho que temía defraudarlos dejando todas aquellas cosas absurdas que esperaban allá de ella, ella les dejaba el mito para que se distrajeran, pero a Guatemala iba ella, Yolanda, con su valentía para ser lo que quisiera, sin dudar de que su misión de belleza quedaría plasmada en sus libros, muchos de los cuales se perdieron.

De *José de la Cruz recoge su muerte*, libro que no se sabe si fue escrito o solo soñado, Yolanda decía que lo que buscaba era “un libro nacido, no hecho”. Esto sin embargo, lo lograría ya en *La ruta de su evasión*, un libro nacido, bordado, tejido, como *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, un libro que existe fuera de su condición de libro, que vuelve a nacer con cada lector porque en su interior se trama el tiempo, la muerte, el amor, el ser humano mismo.

Yolanda Oreamuno hace confesión de fe en Proust, es a él a quien reconoce como su influencia directa.

Marcel Proust es mi mejor cuento de hadas. La magia de Proust en mí se realiza porque es el único autor capaz de levantar en mi emoción, ideas, ideas genuinamente propias, no proustianas. Con escritores tan contagiosos como Galdós, Mallea, Huxley, D. H. Lawrence, Malraux, puedo caer en el pecado de producir ideas galdosianas, malleistas, huxleyianas o malrauxistas. Con

Proust me nacen solamente ideas. La gloria abstracta del creador ha de consistir en eso: en esperar una criatura, por modesta que sea, que veintiocho años después de su muerte se realice en sí misma.

Virginia Woolf lo había confesado también:

Mi gran aventura es Proust. Bueno, ¿qué queda por escribir después de eso? Voy todavía por el primer tomo y supongo que se podrían encontrar faltas, pero estoy en estado de fascinación. Como si se estuviera produciendo un milagro delante de mis ojos. ¿Cómo es posible que por fin alguien haya conseguido solidificar esa materia siempre fugitiva y convertirla en esta sustancia tan perfectamente bella y duradera?

Esa materia solidificada de la que habla Woolf, la gloria abstracta del creador, las sensaciones, el vértigo del tiempo, la percepción misma, el interior del interior de la conciencia están presentes en *La ruta de su evasión*. Yolanda Oreamuno lejos de ser una escritora contagiosa, es inimitable, es maestra. Una madre literaria. Aquello que los que escribimos buscamos sin parar, una voz que nos despierte el genio, que produzca milagros, libros que nazcan y sobrevivan a sus autores. ¡Qué difícil para muchos escritores resulta hablar de las influencias! Y, sin embargo, con qué tranquilidad Yolanda se confiesa discípula de Proust.

Úrsula K. Le Guin en una conversación sobre escritura dice que para las mujeres es diferente: “Yo no tengo angustia de influencias, yo las estoy buscando”.

Yolanda Oreamuno sabía que su escritura rompería el canon establecido en su país, la escritura vernácula costumbrista que se escribía, para llegar más allá, una forma de escritura en la que estaría sola, pero a la que llegó de las manos de Proust, o de Faulkner. No le importaba hablar de sus influencias, porque estas la habrían de llevar más allá de la palabra a una forma de escritura, muy suya, íntima, femenina y universal.

Qué importaba si en Costa Rica había dejado un mito. Ella al escribir era una mujer, una escritora capaz de acceder a los mitos, a ese tiempo fuera del

tiempo, donde se llega a otro entendimiento de las emociones, sentimientos, de la propia condición humana.

Además de novelas, Yolanda Oreamuno escribía ensayos. En uno de ellos dice: “Es necesario forjar la verdadera personalidad femenina, único remedio contra la frivolidad, así como un estado de espíritu de sólido tal que nos convierta en compañeras y no esclavas, acusadas, o encubiertas del hombre”.

Y así lo hizo ella, el libro nace, sí, de una verdadera personalidad femenina, de su misión de belleza, y se transforma en escritura universal. Aunque el tiempo de esta novela haya tardado en llegar, es imposible que esta obra no deje un antes y un después.

Alberto Cañas habla de que *La ruta de su evasión* tuvo una suerte de reputación clandestina: “No ha habido libro costarricense del que se haya susurrado más, ni que se haya leído menos”.

Pero llega ahora este libro a sus manos y no puede más que encontrar un lector dispuesto a entrar en el “casarón hueco” de la casa de los Mendoza, donde se esconde el centro mismo del tiempo, la vida, la muerte, el amor, la búsqueda de la salvación. Yolanda Oreamuno nos invita a través de sus páginas a escuchar el tejido de las Parcas hilvanando destinos, trayendo y llevando muerte.

Su propia vida fue corta, perdió la mayoría de los textos que escribió, perdió la custodia de su hijo y a su propio país, del que tuvo que irse dejando solo un mito. En soledad, sin embargo, dejó estas páginas, quizás las más intensas, nunca lo sabremos, pero basta empezar a leerlas para entender la magnitud de su genio. En una de sus cartas Yolanda escribe:

“El genio es allá donde se rompen las medidas, donde tú estás solo, y no te sirven las palabras de los otros, ni sus sonrisas, ni siquiera su amor. Es estar cohabitando con la muerte en todos los segundos, es no poder conjugar con los demás, es dejar de tener familia humana y convertirse en la soledad y la muerte mismas.”

Allá sigue ella, cohabitando con la muerte, donde ninguna palabra le sirve más que esta que le brota, sin querer, *Tzintzuntzan*: El templo de dios colibrí mensajero, allá donde habita el mito, en el tiempo fuera del tiempo está

NATALIA GARCÍA FREIRE

Yolanda tejiendo con sus manos infatigables la historia que están a punto de leer.

Por favor, no se ponga cómodo, levántese y empiece a andar *La ruta de su evasión*.

NATALIA GARCÍA FREIRE

LA RUTA DE SU EVASIÓN

Cuando Roberto le llamó no tuvo, de momento, idea de la misión que se le iba a confiar.

—Gabriel, ve a buscar a papá.

—¿A buscarlo...? —repitió como idiota.

—Y a traerlo —ordenó escuetamente su hermano.

Hacía dos días que don Vasco faltaba de casa. No era esta la primera vez; sí la primera que el hermano mayor adoptaba la decidida actitud de enviarlo a buscar. Sabía por un secreto instinto que ahora su padre no regresaría por sí mismo, con la cara abotagada, la corbata torcida, el traje sucio, aguardentoso, el mechón de pelo en la frente y la mirada extraviada. No volvería como otras veces, derrotado físicamente, pero simulando arrogancia después de la caída. De esas ausencias don Vasco regresaba desintegrado, pero temeroso de rebajar su severa como despótica posición familiar, esforzándose por parecer más hosco y huraño. Las violencias con que evitaba toda pregunta eran visiblemente más crueles. Siempre volvió duro, deshecho por fuera, intacto en su terrible soledad, en la horrenda soledad de la soberbia.

“Gabriel, ve a buscar a papá”, eso fue todo. “¿Por qué yo y no él?” Tiene su voz una nota y su gesto una intención que parecen señalar crudamente el camino sin mencionarlo. “¿Por qué pienso esto? ¿Por qué pienso que es eso? No quiero ir. Que vaya él.”

Sin embargo, no se atrevió a preguntar adónde, ni Roberto hizo la menor alusión al sitio. Simplemente ordenó. Puso en la mano de Gabriel una suma de dinero que a este le pareció excesiva. Seguro no necesitaría tanto para recoger a su padre, subir a un automóvil y traerlo a casa. Tomó el dinero y salió silencioso.

En la puerta mira la noche y la observa como aquel que antes de salir, trata de adivinar el tiempo para saber si llevará paraguas. No piensa adónde va. Con la desatención inerte de nerviosismo interno, mira al cielo oscuro, encapotado en lluvia, palpa el aire frío y aspira el viento cortante de

intermitentes rachas. Camina mucho rato. Vacío de pensamientos. En las esquinas se detiene sin prisa hasta que el tráfico interrumpe normalmente. Cruza entonces despacio la avenida. No se da cuenta, pero sus pasos, obedientes a un ritmo mecánico, repiten el único camino familiar: el de su facultad. Cruza. Va recto. Vuelve a cruzar. Se detiene en un sitio en donde cotidianamente cambia de acera para mirar un escaparate luminoso con álbumes de discos. Lee los títulos de los librotos con la avidez del que desea adquirirlos. Sigue andando. Frente a la plaza una iglesia contrasta su grácil figura de encaje con las arcadas macizas de un viejo edificio colonial. Advierte la diferencia de calidades y sonrío satisfecho del hallazgo. Dobla en otra esquina. “Es mejor que tomes por aquí, te economizarás cuatro minutos”, había dicho Roberto en cierta ocasión mientras hacían el viaje juntos. ¿Sería este el motivo? Él dobla siguiendo aquella ruta porque temprano en la mañana, todos los días, una criada rolliza lava las gradas de una casa lujosa y el sol de esa hora, pelando contra las desnudas piernas de la muchacha, contra sus ordos brazos morenos, da a esa piel cálidos tonos de pan, de ostrita dorada, de superficie que va a estallar por contener a tensión una carne joven y esponjosa llena de ansiedad por manifestarse afuera, aun más afuera de la piel. Esas tonalidades le hacen sufrir un extraño hormigueo en las articulaciones, y luego en la noche, cuando lee libros, tuercen su atención, martirizan su mente. Le hacen desear que esa carne morena esté a su alcance alguna vez para limpiar con la mano, suavemente, las gotitas que el agua al ser vertida prende sobre ella; y anhelar hasta el martirio ver las gotitas convertirse en chorro y resbalar de las pantorrillas de la muchacha a sus manos que las recogerán cuidadosamente; esas tonalidades le hacen hambrear todos sus oros en un momento que siempre ha de ser aquel, en una hora que no puede ser otra, porque en otra no estarían las piernas mojadas ni brillaría sobre las gotas y dentro de estas, como en un mundo pequeño, toda la alegría de la mañana, ni estaría, es seguro, en hora distinta, tan tensa aquella piel, tan frutal aquella muchacha. Camina. ¿Y si encontrara a la criadita? ¿Si hoy, que él pasa de noche, estuviera esperándolo? Esperándolo porque ella ha visto el ávido deseo de sus ojos; porque tal vez la criadita esté sola; y quizá, como él en la cama, ella lo sueñe; lo piense deseándolo; porque las miradas

furtivas le revelaron su ansia y haya decidido, esta noche, dejarle recoger las gotas de agua de sus piernas, prolijamente, en el hueco de la mano. Pero ahora es de noche, la muchacha no tendrá ni las piernas desnudas, ni los pies descalzos, ni por ellos correrá el agua. Y al imaginarla con medias, con toscos zapatos, seca, velada por la sombra de la noche, ayuna de sus oros matinales, sobre la mujer de antes surge en su mente otra que la suplantata, mata el sortilegio y lo vuelve del sueño a la realidad sin consideraciones. “Es de noche. Salgo de casa para traer a mi padre; voy sin saberlo camino de la facultad. ¡Qué estúpido!”

Recapacita su miedo inicial, su congoja. Es necesario que ordene sus pensamientos como sus pasos y haga una lista de los sitios que deberá recorrer. Esto resulta imposible. Nunca ha estado en esos lugares, ¿cuáles lugares?, a veces sus compañeros hablaron de ellos, pero sin mencionar localización; hablaron como los cristianos hablan del paraíso, sin saber dónde está. ¿Cuáles lugares estaba pensando? Pensamiento de fondo, fondo de pensamiento, pensamiento de pensamiento. “¿Cuáles lugares?” Equivalía a tugurio, a prostíbulo, a lupanar; conceptos por él desconocidos, ajenos a su experiencia personal; por su contenido real aún no habían pasado a sus sentidos, sino mediante las palabras de los otros. En cierto modo conceptos inexistentes, y sin embargo, dueños de mayor relieve en su conciencia.

Parado en una esquina medita su problema, al que su mente de hombre normal da, de súbito, la única solución posible. Toma un coche y cuando el chofer pregunta la dirección, su turbada cara es para el experto la mejor respuesta. Lo mira. Repite la pregunta.

—No. No quiero ir allí —dice Gabriel.

—Entonces... ¿a qué lugar lo llevo?

—Dije mal. Sí quiero ir ahí; pero no soy yo el que quiere —¡maldita sea! Ya me pierdo, estoy diciendo lo que no entiende nadie. Y siento que diré cosas peores. ¿Por qué las voy a decir?— Es decir, no soy yo el que va...

El chofer se vuelve francamente alarmado.

—Mejor dicho, voy, pero no por mi gusto. No soy yo el que va... o no soy yo el que quiere ir... pero el que va. Yo no iría por mí mismo, pero voy... No iría, pero debo ir...

—Usted dirá si va o no va. O a dónde quiere ir.

—Sí. Sí voy. Adonde usted dijo: voy a buscar allí a mi padre —ya dije lo que no quería ni debería decir. Era inevitable. Por más que quiera esconderlo tiene que salir. ¿Por qué tengo que enterarlo de esto?

—¿Y dónde está su padre?

—Eso es lo que no sé. Deberé buscarlo en todos los sitios como ese que usted mencionó y traerlo.

—¿Y usted tiene que buscarlo en esta ciudad sin una dirección? ¡Se da cuenta! En una ciudad de casi tres millones de habitantes. ¿Pero se da cuenta?

—Sí. Me doy cuenta. Pero tengo que encontrarlo esta misma noche. Hace ya dos días que no vuelve a casa —otra vez estoy diciendo más de lo necesario—. No regresaré sin él. Mi hermano me envía a buscarlo —mis palabras salen por sí solas. Esto es lo que menos quería decir y lo he dicho.

El chofer puso en marcha el motor. “Si envían al chico a buscarlo, es porque el buen señor no estará en condiciones de volver por sus propios medios. ¡Valiente juerga de dos días! ¡El buen señor! Un señor respetable, desde luego... Después de todo, si el joven tiene dinero es un buen negocio; toda la noche rodar. No es tan fácil. Pero lo hallaremos. Lo llevaré primero allí en donde seguramente no está. Si lo conociera... Si me lo pudiera pintar... Cada viejo de estos tiene su rincón. Se buscan el que les queda bien. Según el pie, así el zapato.”

—¿Tiene usted dinero?

—Sí, por supuesto.

—¿Suficiente?

—¿Suficiente? Seguro que es suficiente. Es demasiado; nunca había visto tanto dinero junto. A mamá le hará falta. ¿Cómo se las arreglará después?”

—Sí, es muy eficiente.

—¿Cómo es su padre?

—¿Que cómo es mi padre?

—Sí. Quiero saber cómo es. Qué edad tiene; qué tipo de persona es. Dígame si bebe mucho. Dígame todo lo que pueda sobre su padre.

Gabriel no entiende. Es la primera vez que para algo tan extraño como saber dónde se encuentra don Vasco tiene que describirlo. “¿Que cómo es?

¿Qué tendrá que ver esto con que lo encontremos? Nunca había pensado antes cómo es él. Lo he sentido. Algo así como un peso encima. Pero no lo recuerdo. Veo la casa, a mamá sentada remendando en el comedor cuando estaba sana, o tendida enferma en su cama como ahora. ¿Para qué sirve esto? Roberto. Álvaro. Pero no él. Muebles, cosas, pedazos de caras ajenas, pescados, agua, gotitas, dorado. Pero no él. Sé cómo es. Veo las palabras con letras que corresponden a su fisonomía. Pero no puedo ver su cara. Si muriera, no tendría para recordarlo una sola imagen. Tendré que verlo bien cuando lo vea. Tendré que verlo...”

—Dígame —insiste el chofer—, porque no vamos a estar toda la noche aquí parados. El tiempo, no lo olvide, está corriendo desde que subió a mi coche a las diez y siete minutos. Es por usted. Si no sé cómo es, no podré llevarlo al sitio donde puede estar.

—Es alto. Tiene cuarenta y ocho años —palabras, palabras de consonantes y vocales, sonidos, oídas dentro, formuladas afuera—. Tiene el pelo un poco canoso. Es grueso. Viste bien. Parece mayor que su edad. Bebe mucho.

El chofer repite:

—Tiene cuarenta y ocho años, viste bien, bebe mucho. Bueno, pero ahora necesito saber cómo es, más o menos, su carácter.

Gabriel se encoge casi ofendido. “Para qué querrá saber tanto...”

—Mire, jovencito, si no me dice lo que le pregunto, no podré dar con la casa que frecuenta. Vea que según es el modo de cada quien, así es la mujer que le gusta, el licor que traga y el sitio al que va. ¿No se da cuenta de que si usted es poquito no va a un sitio abierto, y que si es fanfarrón o peleador va a donde lo vean mucho? ¿No se da cuenta de que si un hombre viste bien tiene plata para beber, y que si tiene cuarenta y ocho años le gustarán las putas nuevas?

Gabriel se rinde. “¡Pero qué palabra tan fea! Putas. ¿Por qué no había entendido? Comienza la peor parte del retrato. Recuerdo menos; pero siento más. Se va haciendo fácil decirlo. Las palabras vienen, pero esta vez no son solo palabras; son conceptos.”

—Es arrogante, violento, le gusta que le obedezcan. Se hace obedecer. Es... ¿cómo le dijera...? Es vanidoso. Se preocupa mucho de su propia persona. No

se preocupa nada de los demás. Nunca ha dicho a qué sitios va ni nadie se atrevería en la casa a preguntárselo. Ni cuándo regresa. Creo que le preocupa mucho, muchísimo, lo que los demás, quienes no son de la familia, piensan de él. Me parece que siempre está tratando de aparentar lo que no tiene, lo que no es. Con los extraños es muy generoso, muy cortés; con nosotros es duro, implacable. No tiene compasión de nosotros. Nunca demuestra nada. ¡Es cruel! ¡Oh! ¡Es muy cruel!

El chofer se vuelve porque no esperaba ese aluvión de palabras apasionadas. Él pidió mucho menos, ¿pero al cabo qué le importa? Gabriel queda exhausto y mira para dentro de sí mismo. “¿Pero es que no tengo ni un concepto amable de mi padre? No debería haber dicho lo que dije. Hubiera bastado con: es violento de carácter, silencioso, reservado, nada tímido, personalista. ¡Mucho más decoroso! Todo lo dicho es demasiado... íntimo. He estado esperando muchos años para decir de mi padre lo que pienso. ¿Pero es que para hacer una pintura realista de él debo recurrir a ideas tan desagradables, debo calificarlo tan duramente? ¿Es así mi padre? Así es. Tanto tiempo para tener una oportunidad de decirlo. Y frente a un extraño a quien no le interesa saberlo. Pero estoy raramente aliviado. En esta confesión forzada salen amargas. Y verdades. Nunca me las hubiera dicho ni a mí mismo, pero si hubiera de recordarlo de nuevo, volverían mis palabras: violento, egoísta, indiferente, vanidoso, duro, implacable, cruel. Hay que quitar algo. No, no puedo quitarlas. Nada sobra. Es así. Si cualquiera, Roberto o Álvaro, estuvieran como yo en el caso de describirlo, dirían lo mismo. Tal vez no tendrían... no es cuestión de valor; uno se ve obligado, lo dice... Les daría miedo. Si él estuviera delante les daría miedo. ¿Pero solos? Lo dirían... Para un extraño pensarían así. No pueden pensar distinto. Le tememos. Es ¿a él? Es a su desamor y su indiferencia. Aunque Roberto no quiera... quisiera... reconocerlo; él lo dijo un día —no puede pedir más, es su culpa—: no quiero que me quieran, exijo que me respeten. Roberto diría lo que yo dije con palabras menos duras, o tal vez más duras. ¿Agregaría algo? Ya veo. Sí. Todos agregaríamos... yo también... En descargo de lo demás. Que por otra parte es verdad también. Sin remordimientos...”

—Me olvidaba decirle, es muy inteligente.

El chofer que ya comienza a hacer andar su coche, contesta:

—Eso no ayuda a encontrarlo.

Nunca vio correr así la ciudad ante su vista. Jamás salió sino para ir a la universidad, o a donde algún compañero que estudiara con él en época de exámenes. Tampoco visitó esas casas ajenas por diversión, como lo hacían los otros compañeros. Si alguna vez salía era con un objetivo definido, hacer algo, comprar una cosa, estudiar. Si de noche asistía a clases, iba demasiado absorto en preocupaciones para observar algo, y de estas regresaba directamente a la hora de salida. Al llegar, don Vasco miraría el reloj:

—Te has demorado.

—Me costó encontrar sitio en el camión. Había demasiada gente.

—Está bien; pero procura no retrasarte de nuevo. Nada tienes que hacer a estas horas en la calle.

Don Vasco siempre estaba en casa. Ciertamente le gustaba beber, pero tenía su forma particular de hacerlo: irse varios días inusualmente y no volver hasta que había agotado por completo su capacidad de embriaguez. Después pasaba tiempo. A veces semanas o meses enteros, sin que don Vasco rompiera la rutina familiar; y durante esas épocas tranquilas, si tranquilas podían llamarse, iba a su trabajo, no hablaba, repetía hasta el cansancio las mismas fórmulas de vida, se paseaba constantemente por el salón, amonestaba a sus hijos cuando era necesario y restringía al mínimo las expresiones humanas de los demás. Casi era una liberación si don Vasco, cansado de retener su naturaleza viciosa, se iba de la casa para beber. Ahora, últimamente, las partidas habían sido más frecuentes y los regresos más lentos.

Nunca vio pasar las luces nocturnas de la ciudad a la velocidad de un automóvil, porque casi nunca usó un coche; solo para emergencias. Todos esos lujos les estaban vedados. ¡Qué linda hacen a la ciudad los anuncios luminosos! ¡Con qué mecánico regocijo se encienden y apagan! ¡Cómo de distinto se mueven las gentes bajo esta claridad espasmódica! Casi todas las mujeres son bellas; parecen más jóvenes, y sus gestos íntimos al recoger el abrigo, al amoldarlo a la curva de las piernas, al cruzar los brazos porque hace frío, al esquivar la cara al viento, aseguran en cada una distintos placeres. ¡Cómo quisiera para él una de esas preciosas mujeres que pasan

remotas en un mundo de elegancia y buen vivir! Desearía verlas despojarse de sus abrigos; mirar de cerca los extraños peinados; oler, junto a su piel, los perfumes que apenas han llegado hasta él al pasar, mezclados con los ofensivos olores de la gente vulgar. “Mamá no huele. Al menos no huele así. ¡Qué desagradable ambiente el de su cuarto cargado con el tufo de las medicinas! En verdad que la prefería oliendo a cocina, o a jabón barato en las mañanas, recién salida del baño. Cuando se arreglaba para salir, antes de caer enferma, olía a brillantina de la que se compra por libra en la farmacia. ¡Pobre mamá!” Es extraordinariamente cómodo moverse rápido, doblado en la ideal posición impuesta por el automóvil, con todo propicio: una ventana que baja para quitar y ofrecer el viento; un silencio que viaja en el coche y es lo bastante fuerte para mantenerse como unidad intocable dentro de los infinitos ruidos de la ciudad despierta; un espectáculo cambiante que quisiera retener, pero que escapa y es sustituido por otro de igual atracción; un calor también viajero dentro del frío de la noche lluviosa. Todo. Todo en el reducido espacio de un automóvil: intimidad, tibieza, silencio, ruidos externos, paisajes movibles, aire, luz, rapidez. Nunca ha reunido él, un muchacho que se llama Gabriel, en una sola hora, tantas gratas emociones, tan inusitadas experiencias. Quisiera que las calles se prolongaran por siempre; que el coche corriera y corriera, deteniéndose solo en las esquinas para esperar la orden del semáforo, y siguiera rodando luego incansable, eternamente, con él adentro, sentado contra la piel del asiento, con los ojos en la ciudad movible, con la atención embriagada, ajeno, feliz, en un mundo de ventura inevitable. Que todo se fuera para siempre en este viaje sin fin.

El coche se detiene. Gabriel vuelve en sí y se encuentra frente a una puerta oscura. “¿Estará aquí?” El chofer se instala cómodamente para una larga espera. Gabriel no se mueve. “Aquí está. Debo entrar”. El coche continúa estacionado mientras él se aferra a su comfortable posición...

—Bueno joven, entre a buscarlo —y el chofer agrega maliciosamente—; no se deje coger.

Gabriel deja el automóvil. “Burlón, joven, nuevo, ridículo, desconocido. Hay que hacer algo. ¿Qué hay que hacer para entrar a este sitio? Lo primero, abrir la puerta. La puerta se volverá y no tendré tiempo de hacer una entrada